

Nicolás Buckley

Del sacrificio a la derrota

Historia del conflicto vasco a través
de las emociones de los militantes de ETA

Prólogo de **Eduardo González Calleja**

SIGLO
XXI
ESPAÑA



Nicolás Buckley

Del sacrificio a la derrota

Historia del conflicto vasco a través
de las emociones de los militantes de ETA

Prólogo de **Eduardo González Calleja**

SIGLO
XXI
ESPAÑA



Siglo XXI / Serie Historia

Nicolás Buckley

Del sacrificio a la derrota

**Historia del conflicto vasco a través de las
emociones de los militantes de ETA**

Prólogo: Eduardo González Calleja



«Nos partimos la cara... pero al final nos la acabaron rompiendo.» «Yo he nacido aquí, creo en un proyecto.» «Me pegaron doce tiros. A mi compañero, diecinueve. Yo, al menos, conseguí sobrevivir.» A través del testimonio de antiguos combatientes de la *Izquierda Abertzale* es posible rastrear los orígenes ideológicos de ETA en su reivindicación de una Euskadi independiente y, sobre todo, en la defensa de los intereses de clase y en la lucha contra la dictadura de Franco en el País Vasco, llegando a ser un agente emancipador para la España reprimida. Cincuenta años después, viviendo en democracia y habiendo asesinado a más de 800 personas, ETA ya no representa lo mismo para los españoles, que celebraron en 2011 el alto el fuego de la organización terrorista como uno de los mayores triunfos de la democracia. Buscando un relato que descubre ángulos desde los que nunca se ha mirado, Nicolás Buckley da voz a quienes hicieron uso de la violencia como medio para alcanzar la autodeterminación de *Euskal Herria*. Al ceder la palabra a antiguos militantes de ETA, *Del sacrificio a la derrota* trasciende la reconstrucción del relato del conflicto armado y político ahondando en la historia reciente de España y Euskadi.

«Un libro muy original con una visión controvertida sobre el papel de ETA en la historia vasca.» PAUL PRESTON

«Buckley nos empuja a superar este “trauma” historiográfico. Nos habla de la violencia perpetrada por ETA y por el Estado en los mismos términos de distanciamiento.» EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA

«Hilando al mismo tiempo historia, memoria y autorreflexión, este libro es una gran aportación a la literatura existente sobre el conflicto vasco.» CARRIE HAMILTON

Nicolás Buckley, licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universidad Complutense de Madrid y Master of Arts in Dispute and Conflict Resolution por The School of Oriental and African Studies, es doctor en Filosofía de la Historia por la Royal Holloway de la University of London. Durante el proceso doctoral, fue investigador en el Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies (London School of Economics and Political Science). Además de haber publicado varios artículos académicos, ha escrito en medios españoles como El Confidencial o Contexto (Público). Actualmente es investigador en el Centro de Estudios sobre Democracias y Dictaduras (Universidad Autónoma de Barcelona), así como docente en la Universidad Metropolitana de Ecuador.

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Nicolás Buckley, 2020

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2020

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1992-1

PRÓLOGO

Habitualmente, los científicos sociales han abordado el terrorismo desde dos perspectivas psicológicas contrapuestas: la del activista fanático y enajenado, que emplea una violencia desmesurada y aberrante para prolongar un conflicto sin límites ni normas en su desarrollo, o la del actor puramente racional, que administra la violencia según un juicioso cálculo de costes y beneficios que busca maximizar su impacto sobre la población. Sin embargo, como señala el autor de este libro, además de tener sus propias estrategias de lucha, estos combatientes viven su día a día como cualquier otro ser humano, sintiendo una serie de emociones que, algunas veces, les llevan a vivir situaciones no previstas ni deseadas. Estos sentimientos primarios, como el orgullo, el odio o el miedo –entre muchos otros– nos deberían decir algo más sobre estas personas, más allá de su pretendida locura permanente o transitoria, o de sus cálculos y estrategias para alcanzar determinados objetivos políticos.

La historia de las emociones tiene ya una larga tradición, procedente de diversas tendencias historiográficas. A lo largo de la década de los sesenta del pasado siglo, la historia social comenzó a preocuparse por las memorias individuales y colectivas desde el horizonte de la antropología histórica y la historia oral, que entreveían la memoria como una fuente de primer orden y un atractivo objeto de investigación. Comenzaron a aparecer entonces historias de vida, autobiografías o microhistorias, en el marco de una nueva valoración de la subjetividad. Es desde esa perspectiva donde, a mi juicio, se debe contemplar el grueso de la aportación de Nicolás Buckley al casi inagotable tema de la violencia en el País Vasco.

Desde la década de los setenta, la tercera generación de la *École de los Annales* fue diversificando sus temas de estudio bajo la denominación común de *Nouvelle Histoire*, y sometida al influjo creciente del estructuralismo de origen lingüístico, trasvasado a la etnología por Claude Lévi-Strauss[1]. El recurso a las estructuras antropológico-culturales se hizo evidente en nuevas temáticas como la historia de las mentalidades (abordada entre otros por Philippe Ariès, Michel Vovelle, Georges Duby, Jacques Le Goff o Maurice Agulhon) y sus derivaciones de historia de la memoria, las costumbres, los sentimientos, las pasiones o las emociones, en estas últimas con un lugar especial para el miedo.

Una tercera corriente historiográfica que ha mostrado interés en incorporar las emociones a su corpus temático es la nueva historia política impulsada desde finales de la década de los ochenta por René Rémond y sus discípulos situados en sedes académicas como el Institut d'Études Politiques, la Universidad de Paris X-Nanterre o el Institut d'Histoire du Temps Présent. Gracias a la renovación metodológica patrocinada por esta tendencia, la tradicional historia *événementielle* comenzó a ser reemplazada por un análisis más complejo del proceso político, donde se valoraban los aspectos sociales (por ejemplo, las sociabilidades formales o informales), culturales (subculturas y tradiciones políticas), antropológicos (símbolos, rituales, emociones...) o ideológicos (conceptos); todo ello desde una voluntad totalizante comparable a las síntesis historiográficas elaboradas una década atrás desde la perspectiva de la *Nouvelle Histoire*[2].

Es cierto que buena parte de la historiografía y de los trabajos periodísticos sobre *Euskadi ta Askatasuna* ([Libertad para el pueblo vasco] ETA) se ha centrado en el tema de la violencia concebida como amenaza para la seguridad pública o para el orden político, pero desde finales de los ochenta hubo intentos de aproximación

antropológica, realizados por Joseba Zulaika (el impacto de la violencia en una pequeña comunidad rural), Begoña Aretxaga y William A. Douglass (los rituales funerarios y el culto a la muerte en el movimiento *abertzale*) o Carrie Hamilton (el papel de las mujeres en ETA). Justo es decir que esta línea de trabajo no ha tenido una continuidad que le hubiera permitido profundizar en su potencial explicativo, al igual que ha sucedido con las aproximaciones socioculturales, que con todo han abordado cuestiones relevantes como el nacimiento y el desarrollo de los movimientos sociales o la construcción de imaginarios nacionales en disputa[3].

Siguiendo esta última tendencia interpretativa, Buckley aspira a comprender las subjetividades de los militantes de ETA por medio de una serie de entrevistas en las que no se da prioridad a la búsqueda de los motivos para su socialización en la violencia, como han hecho otros autores[4], sino a las razones de su integración en la comunidad nacionalista *abertzale* en contraste permanente con el imaginario social de la moderna nación española. Para ello, Buckley reconstruye siete historias de vida retratadas de forma sucesiva en las etapas clave del devenir de la organización armada: su ascenso durante la transición a la democracia de la segunda mitad de los setenta, la aparición de los GAL en los ochenta, y el declive de la lucha armada a nivel europeo (marcada por la aparición de contramovimientos pacifistas[5]) en los noventa, además de los últimos cuatro testimonios centrados en una experiencia carcelaria marcada por la dispersión y la enajenación de su condición de presos políticos.

El presente libro trata de desentrañar las emociones que experimentaron algunos militantes de ETA a lo largo de un dilatado periodo de tiempo que abarca desde el tardofranquismo hasta el cese definitivo de la violencia en 2011, un recorrido histórico en el que el autor considera el

periodo neoliberal (crisis petrolera de 1973 a la gran recesión de 2008) como el terreno idóneo para analizar la composición de las emociones de los militantes de ETA dentro de la historia del conflicto vasco. La tradición política aranista de rechazo visceral de la identidad española y de glorificación de una pretendida «edad de oro» de los vascos es parte constitutiva de las historias de vida de los militantes que participan en esta investigación.

El nacimiento de ETA y su evolución ideológica durante la década de los sesenta supusieron un cambio radical en el desarrollo histórico del nacionalismo vasco como actor social y como identidad política, ya que el movimiento *abertzale* en sus diversas manifestaciones logró un apoyo considerable de las clases medias y de los trabajadores oprimidos por la dictadura, erigiendo una «comunidad moral» de las clases explotadas que se fundamentó en un nacionalismo más inclusivo que el aranismo étnico tradicional. Si, durante la primera mitad del siglo XX, el PNV había basado su nacionalismo en la sangre y la religión, ETA hizo de la defensa de la lengua y del activismo político sus principales referentes identitarios. Buckley argumenta que ETA logró canalizar con éxito la desafección de una parte de la sociedad vasca hacia el régimen neoliberal español nacido de la transición a la democracia, y ello le ayuda a explicar la pervivencia de la protesta, crecientemente violenta, hasta más allá del final de la dictadura franquista. Sin embargo, la organización terrorista tendió a interpretar el conflicto desde una perspectiva preferentemente patriótica (presentándose como movimiento armado de liberación nacional) y no social, lo que limitó el alcance y la viabilidad de su causa. El éxito en convertirse en la vanguardia (junto al Partido Comunista de España [PCE]) de la lucha contra la dictadura en los años sesenta, hizo que ETA aspirase a tomar el relevo al PNV como referente principal del nacionalismo euskaldún, pero su fracaso en crear un

«frente de masas» estable y mayoritario explica su reclusión en una comunidad radical vasca cada vez más autorreferencial.

En su proyecto de observación participante (en la terminología acuñada por Clifford Geertz), Buckley asume el reto de disociar el componente político-ideológico de la experiencia más íntima y personal. En realidad, cuestiona la existencia de una objetividad absoluta entre el narrador y el entrevistador, pero la necesaria empatía que debe establecerse para que la entrevista ofrezca resultados relevantes no le impide mantener una actitud crítica respecto de los relatos canónicos elaborados desde el oficialismo (sea español o vasco) o la disidencia *abertzale*.

Las historias de vida, producto de las entrevistas realizadas por Buckley, muestran algunos rasgos comunes, como el desencanto experimentado con el proceso de transición española hacia la democracia, que no condujo a una liberación nacional y social, tal como planteaba el proyecto *abertzale* de un «Euskadi independiente y socialista», o al menos a la implantación de un régimen democrático que amparase el derecho de autodeterminación. La intensa decepción vivida permitió que la *Izquierda abertzale* se convirtiese en la antagonista más radical de la identidad nacional española forjada al final de la dictadura, especialmente por el empleo de la violencia como un último pero necesario recurso para plasmar en la práctica su proyecto nacional alternativo.

Por otro lado, la alargada sombra que aún proyecta el franquismo, cuyos excesos represivos posibilitaron la construcción y pervivencia de una narrativa antifascista surgida en la Guerra Civil, anclada por largo tiempo en el arquetipo idealizado del *gudari* como modelo a imitar permitió, hasta el final de la dictadura, que vascos, catalanes y el resto de españoles antifranquistas compartieran un «enemigo común». Sin embargo, la ruptura de la identidad antifranquista compartida por los

vascos y el resto de la comunidad antifascista española se hizo evidente en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Franco. Este nostálgico «culto al héroe» convive con sentimientos de amenaza y autoprotección que están muy presentes en todos los militantes entrevistados. Las torturas policiales y el terrorismo de Estado, junto con la transformación del militante etarra en delincuente común y su deshumanización en los medios de comunicación de ámbito estatal, generan una narrativa de respuesta autocomplaciente, en la que su erección en luchadores (y mártires) por la libertad del pueblo vasco dificulta la emergencia de cualquier subjetividad personal y emocional sobre la violencia y el daño causado.

El trauma carcelario está en el origen del último de los relatos que analiza el presente libro. La comunidad de presos es posiblemente el último bastión emocional donde los restos de ETA aún tienen una base social importante en la actualidad. En esto se parece a todas las causas temporalmente derrotadas -o irremisiblemente perdidas- de la historia.

Nicolás Buckley no oculta que su crítica a los relatos más o menos oficiales sobre el conflicto vasco (que analiza desde la perspectiva de la insurgencia antes que de la del terrorismo) se efectúa desde una posición en donde el neoliberalismo como sistema económico dificulta que las comunidades (nacionales, religiosas o cualquier otra índole) puedan seguir su propio proceso emancipatorio. Su trabajo ofrece una útil visión alternativa de alguno de los aspectos clave del relato de la «inmaculada transición», que en la última década ha sido cuestionado a través de la crítica más o menos global al «Régimen del 78». A buen seguro, algunos de sus planteamientos desatarán polémica en un momento en que las emociones aún están a flor de piel, como lo muestran los debates en torno a la posibilidad de establecer algún tipo de justicia transicional que restituya a *todas* las víctimas de la violencia, o al control

del relato dominante sobre la violencia política vasca de la segunda mitad del siglo XX. Creo que no podremos superar nuestro particular «trauma» historiográfico hasta que no hablemos de la violencia perpetrada por ETA y por el Estado en los mismos términos de distanciamiento –que no quiere decir equidistancia– que el estudio del pistoleroismo sufrido hace un siglo o de la insurgencia carlista desplegada hace casi dos centurias. Buckley contribuye a restituírnos una parte de esa historia, en la certeza de que, como dice uno de los activistas entrevistados, «como no contemos nosotros nuestra historia, la van a contar otros».

Eduardo González Calleja
Universidad Carlos III de Madrid

[1] Véase H. Coutau-Begarie, *Le phénomène «Nouvelle Histoire». Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, París, Economica, 1983.

[2] P. Balmand, «Le renouveau de l'histoire politique», en G. Bourdé y H. Martin, *Les écoles historiques*, París, Éditions du Seuil, 1989, p. 370.

[3] C. E. Zirakzadeh, *A Rebellious People: Basques, Protests and Politics*, Reno y Las Vegas, University of Nevada Press, 1991; y D. Muro, *Ethnicity and Violence; The Case of Radical Basque Nationalism*, Nueva York, Routledge, 2008.

[4] Por ejemplo, M. Alcedo Moneo, *Militar en ETA. Historias de vida y muerte*, San Sebastián, Haramburu, 1996; y F. Reinares Nestares, *Patriotas de la muerte: Por qué han militado en ETA y cuándo abandonan*, Madrid, Taurus, 2011.

[5] Véase I. Moreno Bibiloni, *Gestos frente al miedo. Manifestaciones contra el terrorismo en el País Vasco (1975-2013)*, Madrid, Tecnos, 2019.

AGRADECIMIENTOS

Las primeras dos personas a las que quiero agradecer este libro son mis tíos Patrick e Ilona. Ellos me acogieron en su casa en Londres cuando empezaba la investigación, y gracias a ellos logré terminar mi tesis doctoral que es el origen de este libro. Claire Monarí fue una de las personas que me acompañó en los comienzos de la investigación y me ayudó a creer que podía realizar un doctorado en la Universidad de Londres. Helen Graham, mi directora de tesis, confió en mí en momentos en los que casi nadie lo hubiera hecho. Me gustaría agradecer a Susana, Usoa, María y Vanesa por terminar conmigo muchas tardes, después de pasar largas horas en la biblioteca, en el King George.

Después de mi estancia en Londres estuve un periodo de dos años yendo a la Biblioteca Nacional de España (BNE) donde mi padre, Ramón, fue frecuentemente mi compañero de mesa. Durante ese periodo los dos escribíamos sobre historias de vida y ambos tratábamos de vivir las nuestras intensamente. Fue en la BNE donde conocí a Kathryn Renton, que vivió conmigo los años más difíciles de mi tesis doctoral. Ella me enseñó que no se puede trabajar en el mundo de las ideas sin tratar de ser buena persona. Durante mi estancia en Madrid, Jorge Marco me dejó entrar en sus clases y fui testigo de que se puede ser historiador y a la vez tener un buen sentido del humor. Mis hermanas, Patricia y Violeta, me animaron durante los momentos emocionalmente más sensibles y me frenaron los pies cuando mi ego estaba demasiado alto. En Collado Mediano, un pequeño pueblo situado en la sierra de Madrid donde he vivido la mayor parte de mi vida, mis amigos Paco, Alber, Borjita y Oussama nunca dejaron de recordarme cuáles eran mis orígenes. De ese mismo pueblo

es mi madre, Paloma, la persona a la que más quiero en este mundo. Y no quiero olvidarme de mis camaradas, Meju, Augusto, Pablo, Chiwi, Juan y Carola quienes, en el barrio madrileño de Lavapiés, tuvieron conmigo tantas charlas sobre capitalismo y revolución.

Durante mis años en Madrid tuve la oportunidad, gracias a la Universidad de Londres, de hacer dos viajes al País Vasco para realizar el trabajo de campo. Enrique, un primo mío muy orgulloso de ser español, me dejó hospedarme en su casa del pueblo vasco de Alsasua^[1] donde la *Izquierda Abertzale* era política y socialmente hegemónica. Gracias a él y a su esposa Yesenia, tuve la oportunidad de visitar diariamente el Convento de los Benedictinos en Lazcano, donde el padre Aguirre y su asistente Miren me permitieron sumergirme en las fuentes primarias de ETA. En Lazcano conocí a Anitz y *Peiro*, ambos con condenas de varios años en prisión por colaborar con ETA, y ambos acabaron siendo protagonistas de este libro. Desde Lazcano, di el salto a Plencia y Bilbao, donde Jaime y Manu me abrieron las puertas de su casa sin apenas conocerme. En Bilbao, Carmen me introdujo a Fernando Etxegarai, antiguo militante de ETA y también protagonista de este libro. Gracias a Fernando, conocí a *Kitxu*, Sertucha, Píriz y Amantes, todos ellos importantes dentro de mi investigación. Durante el tiempo que no hacía entrevistas, Asier y Javi me dejaron ser parte de su *cuadrilla*, a pesar de mi mala costumbre de provocar constantemente y sacar temas conflictivos durante las conversaciones.

Desde España, con el apoyo moral de Juanra y Yolanda, llegué a Ecuador donde la Universidad Metropolitana me dio la oportunidad de empezar una vida en América Latina. Gracias a Fran, Carola, Aitor, Juan, Ame, Alan, Joel, Juampi, Clarisa y a todas las personas que durante este tiempo me han acompañado en un lugar tan lejos de casa. Allí, con Melanie Alemán, comprendí que una vida más allá de la

tesis doctoral, la historia y la academia, realmente era posible.

No menos importante que los lugares en los que he estado durante estos años es la gente que ha ayudado a un español como yo, a escribir una tesis doctoral en inglés. Gracias a Garry, Nicolai, Carl, Scarlett, Helena, Ethan, Thom, Alix, Lindsay, Julia, Natalia, Kristie, Melinda y seguramente me dejo en el tintero a un montón de gente que tendría que formar parte de esta lista y que se me ha olvidado mencionar.

Finalmente, este libro está especialmente dedicado a todas las personas que, de una manera u otra, han vivido el conflicto vasco.

[\[1\]](#) Debido a que la tesis doctoral fue elaborada en inglés para la Universidad de Londres, me vi en la obligación de usar el nombre en castellano de pueblos y ciudades.

I. INTRODUCCIÓN

«Muchas publicaciones sobre ETA buscan deliberadamente “explicar” el fenómeno del nacionalismo vasco radical y el uso de la violencia política con el objetivo de encontrar una “solución” al conflicto.»

C. Hamilton, *The Gender Politics of ETA and Radical Basque Nationalism. 1959-1982*

EL FINAL DEL CONFLICTO ARMADO VASCO

El nacimiento del grupo vasco insurgente ETA en 1959 coincidió con el inicio del segundo periodo de industrialización que modernizó la sociedad española en la década de los sesenta. Pocos años después, a mediados de los sesenta, ETA solo concebía la independencia de Euskadi a través de la lucha de los trabajadores, visión que no era exclusiva de la organización. En 1968, cuando ETA asesinó a su primera víctima, Melitón Manzanas, jefe de la brigada político-social de la provincia vasca de Guipúzcoa (y antiguo colaborador de la Gestapo), muchos vascos empatizaron con la necesidad de usar la lucha armada contra el régimen de Franco. En 1973, cuando ETA asesinó al almirante Carrero Blanco, quien por entonces había sido nombrado presidente del gobierno por Franco, esa simpatía que ya había alcanzado a gran parte de la comunidad nacionalista vasca se extendió a la mayor parte de los españoles que se oponían a la dictadura. Sin embargo, en 2011, cuando ETA declaró el alto el fuego, la organización se encontraba muy aislada dentro de la sociedad vasca. En este sentido, mi intención con este libro es entender el conflicto vasco no como un enfrentamiento aislado entre ETA y las fuerzas de seguridad, sino como parte de la historia contemporánea de España.

¿Cómo cambió la historiografía sobre ETA –el principal y más controvertido actor político del conflicto vasco, debido a su naturaleza insurgente contra el Estado– después de su definitivo alto el fuego? El final del conflicto armado debería haber favorecido la proliferación de estudios sobre la organización y su historia con una mirada más amplia que aquellos de décadas anteriores que se focalizaron principalmente en temas de seguridad debido a la amenaza que ETA suponía para la ciudadanía[1]. Paradójicamente, en la mayor parte de las veces, este no ha sido el caso. Aunque los estudios en seguridad han trasladado el foco de ETA al terrorismo islámico, los nuevos análisis sobre la organización no han optado por una perspectiva diferente a la de la dialéctica clásica de los estudios de terrorismo que consiste en tratar el tema desde un binomio basado en la interacción entre un grupo terrorista y un Estado democrático.

Siguiendo esta línea de análisis, Luis Miguel Sordo, en su reciente trabajo sobre las negociaciones entre ETA y los diferentes gobiernos españoles, analiza la de ETA como una historia de amenazas, extorsiones, secuestros y asesinatos. En sus conclusiones, Sordo asegura que las estrategias implementadas por los diferentes gobiernos españoles fueron exitosas ya que ETA nunca logró su objetivo, la independencia del País Vasco[2]. Sordo, de hecho, parece empeñado en demostrar algo que ya se ha repetido antes: que la historia de ETA se puede resumir como la de una organización en decadencia que, al final de su existencia, ni siquiera recibió el apoyo de su base social, la «comunidad radical vasca» o *Izquierda Abertzale*[3].

¿Es posible analizar el recorrido histórico de ETA, desde sus comienzos hasta el alto el fuego definitivo, sin intentar retratarla simplemente a través de sus acciones armadas y, por ende, haciendo un «ajuste de cuentas» histórico? Antropólogos vascos como Joseba Zulaika y Begoña Aretxaga han analizado el conflicto desde las raíces

culturales vascas. Por ejemplo, ellos entendieron cómo la lengua más antigua de Europa, el *Euskera*, y las raíces matriarcales de la cultura vasca son elementos clave para sumergirse en las raíces del conflicto[4]. Para estos antropólogos, el conflicto moderno vasco no puede ser comprendido sin analizar el sustrato cultural, ya que este provee la materia prima de la cual diversos imaginarios populares nacionalistas se han nutrido a lo largo de estos años. Sin embargo, hay un elemento clave que está ausente en la literatura sobre el conflicto vasco que tampoco estos antropólogos incluyen en su trabajo: un análisis de ETA desde la vida cotidiana de los españoles. Mi contribución personal es analizar este imaginario nacional español desde mis propias percepciones como ciudadano que vivió la cotidianidad del conflicto vasco a través de diferentes mecanismos culturales (televisión, prensa, charlas con amigos, etcétera).

Parece que, en este terreno de las emociones, hay un gran desequilibrio en la literatura escrita sobre el conflicto vasco que podemos dividir en dos corrientes. Por un lado, tenemos los estudios sobre terrorismo (desde una mirada securitaria) elaborados por expertos en esta materia (la mayoría de ellos periodistas) y que tratan de ofrecer un análisis técnico de ETA; por otro, los análisis más locales y antropológicos que no conectan a ETA con la vida de los españoles. Un ejemplo es cómo se centran en temas logísticos de sus acciones armadas (por ejemplo, qué tipo de armas usan los militantes de ETA o cuántos miembros forman una célula). Florencio Domínguez Iribarren, un periodista español muy reconocido por sus libros sobre ETA, concluye en uno de sus análisis que «el odio hacia la policía constituye un denominador común del nacionalismo vasco étnico en la etapa de posguerra»[5]. Sin embargo, ¿no es el odio hacia la policía un denominador común entre cualquier persona u organización que luche contra el *statu quo*? De hecho, un concepto como «el odio hacia la policía»

resulta insuficiente para explicar la base social de ETA. Solo un análisis holístico de la realidad que interprete esta base social desde las muchas formas en que la *Izquierda Abertzale* ha vivido su cotidianidad durante estas últimas décadas será capaz de decirnos algo. Por un lado, parece que existe un excesivo desequilibrio entre los análisis más locales (la mayoría de ellos llevados a cabo por antropólogos) y los análisis más generalistas que carecen de la especificidad necesaria para llegar a conclusiones concretas[6]. Por otro lado, como asegura González Calleja en la introducción de este libro, a los análisis más locales y antropológicos les ha faltado una continuidad en el tiempo, es decir, que historiadores de diferentes partes de España prosigan usando la misma metodología pero desde diferentes perspectivas.

Si la influencia de ETA sobre los españoles es tan grande que la identidad moderna española no se puede entender sin considerar la existencia de esta organización armada, ¿por qué los estudios sobre ETA están siempre asociados con el nacionalismo vasco y no con la historia reciente de España?[7]. Tim Edensor apunta que desde los estudios culturales poco se ha trabajado para intentar explicar cómo se construye la nación a través de la vida de sus habitantes[8]. Este autor usa la teoría marxista con el objetivo de analizar la vida cotidiana de las personas y así retratar una serie de prácticas que reproducen, responden o reafirman el capitalismo[9]. En otras palabras, desde un análisis materialista de la realidad se puede llegar a entender cómo las personas toman sus propias decisiones. Siguiendo este enfoque, me propongo analizar la historia de ETA y del conflicto moderno vasco tratando de entender «el imaginario nacional español» desde las historias de vida de los militantes de ETA. La cronología que abarca este libro es amplia debido a tres elementos: el primero es la larga trayectoria histórica de ETA; el segundo son los cambios producidos dentro de la estructura de poder del

Estado español, es decir, los diferentes cambios de gobierno que se han producido desde la muerte de Franco; y el tercer elemento es cómo los españoles experimentaron dichos cambios. El espacio de tiempo se extiende desde la década de los sesenta y el surgimiento de España como país industrial, hasta la crisis de 2008, conocida como la gran recesión, y la consiguiente entrada del neoliberalismo en crisis como sistema económico y social.

La principal línea de investigación de este libro y su *raison d'être* es analizar tanto el individuo como la sociedad entendiendo las vidas de los militantes de ETA como parte de una larga historia como es la del conflicto vasco. A través de las historias de vida de estos militantes y de su interacción con mis propias narrativas (como español) del conflicto vasco, mi trabajo va a tratar de adentrarse en las subjetividades que se han ido creando a lo largo de este conflicto. La historiografía de ETA, aparte de centrarse en los orígenes del nacionalismo vasco y en los grandes hitos de la organización (como el Juicio de Burgos o el asesinato de Carrero Blanco), no ha dado mucha importancia a las subjetividades de estos militantes. Sin embargo, tratar de poner el foco en estas subjetividades puede servir para entender a ETA no solo como una organización, sino como el producto de individuos en el que cada uno de ellos tiene la potencialidad de representar una línea concreta de investigación. Uno de los objetivos de este libro es retratar las emociones de los militantes de ETA en su propio contexto histórico, y así tener la oportunidad de entender la historia de la organización desde una perspectiva mucho más amplia que la que ofrecen los estudios convencionales. En este sentido, la presente historia del conflicto vasco está representada a través de las vidas de los militantes de ETA que formaron parte de esta investigación.

El libro se compone de este capítulo introductorio, cinco capítulos, una conclusión y un epílogo. En el capítulo II se

revisa la historiografía sobre el conflicto vasco centrándose, en primer lugar, en el consenso entre historiadores que reconoce la Guerra Civil española como el evento histórico que consolida la base social del nacionalismo vasco, así como el preludio de las grandes tensiones entre las potencias europeas que desembocó en la Segunda Guerra Mundial. En segundo lugar, el contexto del final de la Guerra Civil nos permitirá también analizar la confluencia historiográfica que contempla en el nacionalismo vasco un abanderado del antifranquismo para el resto de españoles durante toda la posguerra. Además se abre el debate sobre cómo la sociedad española ha asimilado la derrota de los republicanos en 1939, sus consecuencias y el legado cultural del franquismo heredado en la democracia española nacida en el último cuarto del siglo XX.

Si en el capítulo II se cubre la historiografía sobre ETA desde la década de los treinta hasta la de los setenta, el III se centra en la experiencia de la *Izquierda Abertzale* en los sesenta y los setenta. En este segundo capítulo se explora el final del consenso historiográfico con el surgimiento de ETA como una vanguardia armada de la lucha antifranquista[10]. Las dificultades de interpretar el nuevo nacionalismo vasco que nace con ETA estriban, en parte, en que la mayoría de los historiadores no han analizado a esta organización como un movimiento social y se han centrado excesivamente en el daño que provocaron sus acciones terroristas. La *Izquierda Abertzale*, como comunidad radical vasca que apuntaló a ETA, nació al calor del movimiento obrero durante el proceso de industrialización de la década de los sesenta. Desde este movimiento obrero, se presenta la historia de vida de Fernando Etxegarai con el objetivo de dilucidar cómo una emoción en particular, el desencanto, puede retratar las contradicciones de una sociedad española que, en ese momento, estaba dejando atrás una dictadura y evolucionando hacia una democracia.

Esta historia de vida es también útil para explorar las deficiencias en la historiografía del conflicto vasco que parece incapaz de abrir nuevas líneas de investigación en cuanto al papel desempeñado por la *Izquierda Abertzale* durante la transición española[11].

En el capítulo IV se analizan los Grupos Antiterroristas de Liberación nacional (GAL) y sus acciones contra activistas vascos, a través de la historia de vida del militante de ETA Josu Amantes Arnaíz. Desde el periodismo existe una amplia bibliografía acerca de los procesos judiciales en los que oficiales de alto rango del gobierno español fueron declarados culpables de colaborar con una organización terrorista como los GAL[12]. Estos análisis explican las conexiones entre los GAL y el Estado español. Este cuarto capítulo usa las herramientas de la antropología para analizar el sufrimiento físico y psicológico del militante Josu Amantes[13]. Mi objetivo es retratar su historia a través de las movilizaciones masivas que impulsó la *Izquierda Abertzale* como movimiento social durante la década de los ochenta.

En el capítulo V se explora cómo la *Izquierda Abertzale* empieza a menguar como movimiento social durante la década de los noventa debido tanto a factores internacionales, como la desaparición de la Unión Soviética y su propaganda revolucionaria, como a factores locales, como el surgimiento de los primeros movimientos sociales vascos que piden a ETA el final de la violencia. En este capítulo se presenta la historia de vida del militante de ETA Gorka García Sertucha y su intento de asesinar al rey Juan Carlos I. La historia de Sertucha nos permite adentrarnos con cierta profundidad en el tema de la lucha armada, un aspecto de ETA que genera mucha controversia en los análisis sobre la organización. En este capítulo se analiza la España de la década de los noventa, un país que ya es parte del mercado común europeo. A su vez también se hace un análisis del «Régimen del 78» que nació de la

transición española desarrollando unas clases medias con un alto nivel de consumo. En este contexto, el intento de Sertucha de asesinar al rey, nombrado en su día sucesor por el dictador Franco, simboliza el último intento (fallido) de ETA de movilizar a las masas nacionalistas vascas alrededor de su lucha armada.

En el capítulo VI se analiza la parte de la *Izquierda Abertzale* que ha permanecido tradicionalmente más unida a ETA y ha simbolizado su último bastión social durante el siglo XXI: los presos políticos vascos. Las experiencias en prisión narradas por cuatro militantes de ETA hacen plausible para el lector la existencia de una «guerra» entre el Estado español y los presos políticos vascos[14]. Durante el conflicto vasco, la prisión supuso una máquina de guerra usada por el Estado español para extirpar la conciencia política de los prisioneros vascos y «desdibujarlos» en criminales comunes. En este último capítulo se recorre el siglo XXI y se explora el conflicto vasco desde la historia de vida de una militante de ETA que participó en esta investigación. Empezando en 2000, y llegando hasta la declaración del alto el fuego de ETA en 2011, la historia de esta activista resalta cómo, durante este periodo, la *Izquierda Abertzale* empezó a quedar aislada y se volvió cada vez más resistente al cambio. El hecho de que esta militante sea mujer puede explicar también sus dudas iniciales a participar en esta investigación. En otras palabras, la humildad (una virtud asociada histórica y culturalmente más a las mujeres que a los hombres) transmitida por esta militantes de ETA durante la entrevista es radicalmente diferente a la desplegada por los hombres que han colaborado en esta investigación. A través del análisis de las experiencias en prisión, particularmente las experiencias de tortura, se puede llegar a entender el imaginario colectivo que estos presos políticos vascos tienen del conflicto. Dicho de otra forma, para estos presos políticos, el mero hecho de sobrevivir a la

«experiencia de guerra» que vivieron en la cárcel, que en muchos casos se prolongó a más de dos décadas, les ha llevado a vivir el conflicto desde una única dimensión, la de la guerra abierta contra el Estado español.

El resto de esta introducción se divide en tres epígrafes. En el primero se teoriza sobre los controvertidos conceptos de nación y nacionalismo. Durante el siglo XX se discutió sobre qué es una nación y sobre cómo se forman los nacionalismos. En el siglo XXI, los estudios más recientes sobre nacionalismo se han enfocado en cómo los individuos integran un sentimiento nacional en ellos mismos. En este sentido, esta primera parte de la introducción retrata a las personas que culturalmente han fomentado y apoyado económicamente al nacionalismo vasco. Después de entender el nacionalismo desde la gente que lo inició –esto es, no solo desde aquellos que se adhieren al movimiento social, sino sobre todo desde los individuos–, en el segundo epígrafe se ofrece un análisis de la violencia política desde la perspectiva de la «biopolítica». Los estudios de violencia política han tenido tradicionalmente una visión «estato-céntrica»; sin embargo, en el siglo XXI, esta tendencia ha sido desplazada hacia los análisis sobre individuos y el concepto de «biopolítica» desarrollado por Michel Foucault en la década de los sesenta[\[15\]](#). Ciertamente, el enfoque «estato-céntrico» no puede explicar por sí solo la violencia política que se desarrolló en Europa desde la Primera Guerra Mundial hasta el surgimiento de los grupos terroristas europeos durante los sesenta y setenta[\[16\]](#). En el tercer y último epígrafe se explica la metodología de investigación usada en este libro basado en la historia oral.

LAS TEORÍAS SOBRE NACIONALISMOS Y LAS PERSONAS QUE ESTÁN DETRÁS DEL

MOVIMIENTO NACIONALISTA VASCO

¿Cuál es la relación entre ETA y el nacionalismo vasco? Ernest Gellner traza una relación entre la existencia de los nacionalismos y la llegada de la modernidad[17]. La sociedad industrial hará de los valores del crecimiento y del progreso sus principales estándares. Para Gellner, el nacionalismo es un principio político que surgió de la división del trabajo y que se basa en cómo el Estado reclama para sí el monopolio de la educación con la intención de preservar un determinado orden social. En resumen, Gellner niega que el nacionalismo tenga que ver con la psicología de las personas o con la naturaleza humana[18]. En la misma línea de pensamiento, John Breuilly recalca que el nacionalismo se basa en el poder y que este se ejerce con la idea de controlar el Estado[19]. Dado que el nacionalismo tiene que ver con «pensar alto» y suele tener una profunda carga de abstracción, Breuilly define este fenómeno como «la política de los intelectuales»[20]. Vemos entonces cómo estos dos pensadores reducen el concepto de nacionalismo a la esfera política y a la lucha por el poder.

La línea de investigación que conecta el surgimiento del nacionalismo con la llegada de la modernidad es útil para explicar las raíces del nacionalismo vasco de posguerra y las personas que estuvieron detrás de él. El grupo rebelde nacionalista ETA nació en 1959, absorbiendo una tradición nacionalista vasca formulada al final del siglo XIX por el intelectual que moldeó la identidad vasca moderna, Sabino Arana (1856-1903). Teniendo en cuenta que en aquella época no existían otros teóricos de su estatura intelectual en el terrero de la teoría política, los preceptos de Arana se convirtieron en los textos fundadores del nacionalismo vasco. Acercándonos a la teoría del nacionalismo formulada por Gellner, entre los académicos hay cierto acuerdo en

señalar a la descomposición del Imperio español y al consiguiente comienzo del proceso de industrialización en los territorios vascos como las condiciones necesarias para que Arana formulase su doctrina[21]. Sin embargo, esta doctrina se basaba en las ideas raciales de Arana sobre los trabajadores del resto de España que emigraban para trabajar en las fábricas vascas y en la glorificación de la era antigua conocida como «la edad de oro de los vascos». Más de un siglo después de que las teorías de Arana fueran formuladas, estas siguen creando controversia dentro de los círculos académicos[22]. El hecho de que ETA incluyó en sus siglas una palabra que Arana literalmente inventó, *Euskadi*, prueba la presencia que su teoría sigue teniendo dentro de la comunidad nacionalista vasca.

La tradición política de Arana (rechazo de la identidad española y glorificación de la edad de oro de los vascos) es parte de las historias de vida de los narradores que participan en esta investigación. De una manera (la tradición política de sus padres) o de otra (su asunción de la identidad vasca como única y separada de la española), percibí la tradición aranista en el estilo en que estos narradores contaban sus historias de vida durante nuestras entrevistas. Es precisamente esta tradición étnica aranista sobre qué significa «ser vasco» lo que más me separa de estos narradores. ¿Sobre qué condiciones materiales el discurso de Sabino Arana ha conseguido mantener el poder y la relevancia en las sucesivas generaciones de vascos que han existido durante todo este tiempo? Es de hecho Arana quien moldeó la cosmovisión de la identidad vasca y quien nos lo puso (a mí y a una posible audiencia no vasca) más difícil a la hora de tratar de empatizar con el sentimiento histórico de pertenencia de los vascos como una realidad separada del resto de los españoles.

Desde este terreno subjetivo de las emociones, para Hugh Seton-Watson la existencia de los nacionalismos es anterior a la formulación semántica del término durante la edad

moderna[23]. Este autor, negando el carácter científico del concepto de nación, concluye que existe cuando «un significativo número de personas de una comunidad se consideran a sí mismas una nación o se comportan como si fueran una nación»[24]. En esta línea de análisis, Anthony D. Smith comparte con Seton-Watson el hecho de que la política y las relaciones de poder no son suficientes para entender el fenómeno de nación o los nacionalismos. Para Smith la nación es también un fenómeno cultural, donde los sentimientos, el simbolismo o la lengua de una comunidad desempeñan un papel principal[25]. La nación sería entonces un concepto multidimensional, cargado de subjetividad, que, según Benedict Anderson, traspasa las fronteras ideológicas ya que las dos grandes ideologías de nuestro tiempo, liberalismo y socialismo, jamás lidiaron con la idea de la inmortalidad. Si las naciones se reflejan en sus propios mitos, Anderson concreta que «las comunidades han de ser distinguidas no por su autenticidad o artificialidad, sino por la manera en que ellas mismas son imaginadas»[26]. Esta nueva herramienta antropológica para analizar los nacionalismos, la imaginación, abre la oportunidad de centrarnos en el fenómeno de la nación a través de dos vías. La primera es que para entender la nación hay que ir a las relaciones comunitarias que se dan entre las personas que componen dicha nación. La segunda nos muestra cómo la imaginación nos ayuda a entender los miedos y las fantasías a través de los cuales dicha nación ha sido imaginada.

Mi investigación se basa en parte en este concepto de comunidades imaginadas de Anderson. Sin embargo también trata de explicar el fenómeno del nacionalismo a través del análisis formulado por Hobsbawm. Este autor parte del concepto de nacionalismos creado por Gellner señalando la nación política como unidad primaria. Sin embargo, Hobsbawm le da una aproximación multidimensional al concepto de nación y, en sus términos,